

REAL ACADEMIA SEVILLANA DE BUENAS LETRAS

DISCURSO LEÍDO EL DÍA  
7 DE MAYO DE 2023  
EN SU RECEPCIÓN PÚBLICA

POR LA EXCMA. SRA.  
**DÑA. EVA DÍAZ PÉREZ**

Y CONTESTACIÓN  
DEL EXCMO. SR.  
**D. IGNACIO CAMACHO  
LÓPEZ DE SAGREDO**



SEVILLA 2023

REAL ACADEMIA SEVILLANA DE BUENAS LETRAS

*UNA TOPOLITERATURA*  
SEVILLANA, LA CIUDAD  
COMO INSPIRACIÓN  
LITERARIA

EXCMA. SRA.  
**DÑA. EVA DÍAZ PÉREZ**



SEVILLA 2023

EXCELENTÍSIMO SEÑOR DIRECTOR,  
EXCELENTÍSIMOS SEÑORES Y SEÑORAS ACADÉMICOS,  
AUTORIDADES, SEÑORAS Y SEÑORES, QUERIDOS AMIGOS:

*H*asta aquí llega el sonido del último cuerpo de campanas. Los vientos que rozan las espadañas. El rumor de desaparecidos ríos subterráneos. Decía Julián Marías que en Andalucía «los siglos se nos escapan con no sé qué huidiza elegancia». Hay ciudades con dimensiones de aire, ciudades en las que se ponen a descansar los siglos. Pasea por ellas el viejo fantasma de la literatura. Como en esta antigua casa de los Pinelo en la que aún se oye la Sevilla de los mercaderes -la familia genovesa de los Pinelo- y también voces de santos. Aquí mismo nació San Juan de Ribera, entre artesonados y yeserías platerescas. Y, aguzando el oído, quizás pudiéramos escuchar las conversaciones perdidas en el tiempo de canónigos y prebendados alojados en este lugar que se llamó la fonda de Don Marcos. También el rumor de las termas romanas con vapores de tiempos de la Bética que deben de estar bajo esta calle de Abades.

Bienvenidos a este eje de mapas históricos y literarios. Decía Aldo Rossi que la ciudad es un pasado que aún experimentamos. Es lo que haremos hoy: descubrir las invisibles dimensiones literarias de una ciudad. Pero antes déjenme que sea agradecida con los sabios que me rodean. Creánme que impresiona estar junto a estos maestros ejemplares.

Para mí la Real Academia Sevillana de Buenas Letras ha sido el refugio de la cultura, el lugar en el que siempre podías encontrar a los personajes admirados. Cuando trabajaba en el periódico, -pasé por *Diario 16*, *El Mundo*, *El País* y *ABC*- conseguía escaparme de vez en cuando para acudir a las sesiones, a las jornadas, a los cursos en los que se trataba el fascinante mundo de las humanidades. Era el templo donde se veneraba todo ese memorial que Nuccio Ordine ha llamado con acierto la utilidad de lo inútil. No era fácil incluir en un periódico una página entera dedicada a erudiciones, a sesiones de estudios nobles. De hecho, provocaba cierta chanza entre algunos compañeros de la redacción cuando decía que iba a la Academia y que luego regresaría para escribir lo que allí se contara. Y sé que pensaban: “Pero qué importará eso en este tiempo de vértigo, tecnología y chismes”.

Aquí llegaba para escuchar a mis queridos y admirados académicos, hoy todos buenos amigos, que yo sentía como verdaderos maestros y a los que escuchaba con veneración. Y luego me escapaba veloz para escribir crónicas sobre sus pensamientos y reflexiones sintiendo que de alguna forma escribía para inmortalizar sus palabras, trasladándolas a la posteridad. Perdónenme pero siempre he creído en la sagrada función del periodismo y ni siquiera el triste presente de mi oficio me hará cambiar de opinión. Como dijo mi maestro Ignacio Camacho en su reciente discurso de ingreso en esta Academia: “Ante la duda, periodismo”. Ignacio Camacho, con quien tuve la suerte de coincidir cuando comencé muy joven en la redacción de *Diario 16* y que ha sido mi maestro en el periodismo y en la vida, porque me enseñó a mirar con lucidez, reserva e ironía y a cuestionar siempre al poder, como debe hacer todo buen periodista.

Quiero agradecer especialmente a los académicos que propusieron mi candidatura: Enriqueta Vila, Rogelio Reyes Cano y Joaquín Caro Romero. Ellos simbolizan de alguna forma mis tres pasiones: la historia, la teoría literaria y la creación literaria. Una historiadora, un profesor de literatura y un poeta. Mi triángulo perfecto. Nada más pido que contar con su recono-

cimiento. Y extendiendo ese agradecimiento a los demás porque todos son personas a las que admiro desde hace muchos años. Por cierto, muchos forman parte de mi galería de entrevistados. Así que aprovecho para pedir disculpas si alguna vez reduje su sabiduría a la tiranía de un titular.

Aquí están todos. Todo el altar de mis devociones, de mis santos laicos. Y en los retratos de esta casa de la sabiduría también los maestros del pasado a los que he leído y que también forman mi altar personal de dioses lares: Alberto Lista, Blanco White, Francisco Rodríguez Marín, Antonio Machado y Núñez, Romero Murube, Rafael Laffón...

También hay voces que me faltan: Rafael Valencia, Ismael Yebra, Vicente Lleó, Manuel Clavero, Aquilino Duque... Y José Luis Comellas, el hombre sabio cuya vacante ocupo. Y esta impostora que ahora les habla piensa en una escena lejana de juventud, cuando estudiaba su manual de *Historia de España moderna y contemporánea*, el famoso Comellas. El Comellas que para mí fue como el Antonio de los estudiantes de la España del siglo XV cuando se sumergían en las páginas de las *Introducciones Latinae*, la gramática latina de Elio Antonio de Nebrija, personaje histórico al que me he atrevido a convertir en personaje de novela.

Qué vértigo estar sucediendo al gran historiador José Luis Comellas. Autor de obras como *Los grandes imperios coloniales; Sevilla, Cádiz y América, El Trienio constitucional...* Y además aficionado a la música -ahí está su biografía de Beethoven- y a la astronomía. Habría que recordar que fue el descubridor de 20 nuevas estrellas dobles y autor de reveladores libros como *El cielo de Colón, técnicas navales y astronómicas en el viaje del descubrimiento*. En fin, eso que podría resumir perfectamente la figura del sabio total.

En su discurso de apertura del curso 2005-2006 que tituló *Reflexiones de un historiador* hay una frase que me conmueve y que en realidad es el espíritu de este discurso con el que ingreso hoy en esta Academia: cómo la literatura nos permite viajar al pasado histórico. Se refería el profesor Comellas al momento

en el que visita un territorio antes leído en la novela *Bailén* de Benito Pérez Galdós. Decía así: “(...) El historiador se admira de la capacidad de reviviscencia de Galdós, y vuelve a sentir por la fuerza avasalladora del pasado la realidad de aquella mañana de julio de hace doscientos años”.<sup>1</sup>

Pues esto mismo es lo que propongo hoy aquí, caminar por la Sevilla del pasado a través de las evocaciones literarias. He aquí el reto: leer la ciudad en clave literaria, descubrir los mapas poéticos, indagar en el alma de Sevilla a través de las palabras. ¿Ha sido Sevilla un paisaje de inspiración a lo largo de los siglos? ¿Existe una secreta e invisible dimensión de la ciudad dentro de un juego de metáforas? ¿Podríamos defender una teoría literaria de Sevilla reconstruyendo el puzzle de los que intentaron atraparla con palabras?

Esto es una propuesta de cartografía literaria, un plano posible de geopoética o un intento de buscar lo que acaso podría llamarse una *topoliteratura* sevillana. Intuir el alma de la ciudad a través de las evocaciones literarias -poéticas, novelísticas e incluso ensayísticas- que se han hecho sobre Sevilla. Confirmar o no si podríamos incluir a nuestra ciudad en la categoría intangible de las urbes de naturaleza literaria. Subrayar lo que dijo Joyce acerca de que si algún día Dublín desapareciera del mapa, se podría reconstruir basándose en su *Ulises*. Algo que podría ocurrir con el París de Balzac, la Praga de Kafka o el Madrid de Galdós. ¿Sería posible algo similar en Sevilla?

En realidad, esta pretensión que propongo entronca con una teoría literaria de finales del siglo XIX que indaga en las novelas y los ensayos narrativos que intentaron encontrar el alma de las ciudades. Obras en las que los escritores buscaban la esencia espiritual de las ciudades a través de intuiciones literarias. Con la modernidad del siglo XIX se intentó idealizar el pasado y las viejas costumbres y, de alguna forma, los creadores proyectaron su alma melancólica también en el paisaje urbano de esas ciudades que parecían a punto de desaparecer devoradas por el

<sup>1</sup> Comellas, José Luis: *Boletín de la Real Academia Sevillana de Buenas Letras: Minervae Baeticae*, N° 34, 2006, págs. 9-30.

progreso. Es el género de la divagación de las ciudades que se plasmaría en obras como *Brujas la muerta* (1892) del simbolista belga Georges Rodenbach, *Las piedras de Venecia* (1851-1853) de John Ruskin, *La muerte de Venecia* (1903) de Maurice Barrès, *La muerte en Venecia* (1913) de Thomas Mann o *Granada la bella* (1896) de Ángel Ganivet. Y, por supuesto, podríamos citar a varios autores sevillanos que intentaron también esa divagación, esa búsqueda del alma de la ciudad en secretos sedimentos literarios de naturaleza melancólica. De hecho, se puede argumentar que existe un género verdaderamente sevillano: buscar la quintaesencia de la ciudad a través de las evocaciones literarias. Y ahí citaríamos *Divagando por la ciudad de la gracia* (1914), de José María Izquierdo, donde el autor se adentra en ese complejo género de la interpretación del alma de la ciudad: «Y he aquí que un romero -visionario y vagueador- se detiene para divagar en torno de lo que ha visto y entrevisto en esta ciudad, sobre la que el espíritu ha ido levantando una ciudad de ensueño».

Esa ciudad es también *La ciudad* (1921), de Manuel Chaves Nogales, otro ensayo donde el gran periodista definió las claves literarias de Sevilla, consciente del disfraz que impedía las interpretaciones del alma de la ciudad. El periodista invitaba a recorrer las calles olvidadas, esas que se salen del encuadre de la postal y a observar la tristeza que tienen los patios sevillanos. Escribió con su habitual pluma certera: «Se ha llamado a Sevilla la ciudad misteriosa e indefinible, por eso los espíritus selectos se elevaron hacia la exaltación y las almas torpes cayeron en el panderetismo».

Chaves Nogales encontró también el alma de la ciudad al describir la calle en la que nació, la calle Dueñas, esa «calle triste y silenciosa». El mismo lugar en el que nació otro gran divagador de la ciudad: Antonio Machado. Machado entronca con el simbolismo urbano europeo. Esa corriente literaria que intentó atrapar las urbes con imágenes alegóricas en busca de su verdadera esencia, más allá de los falseamientos e imposturas que estos escritores vieron en la modernidad. Decía An-

tonio Machado que Sevilla era como un lugar sin tiempo, sin mapas ni calendarios, porque probablemente sólo exista como memoria literaria.

La intención de este discurso-divagación es también la de proclamar mi alma de letraherida, de alguien incapaz de pasear por la ciudad sin pensar en quién escribió sobre esa plaza, aquella calleja, este cielo, la luz sobre la ventana. De paseante libresca. Es la declaración de una *flâneuse* literaria que recorre la ciudad buscando las huellas de lo que aquí se ha escrito y por qué.

Sevilla es un recipiente escenográfico que observa y actúa, que guarda -para quien sepa leerlo- el sueño colectivo de los que ya no existen, pero que soñaron alguna vez dentro de ella. Existe una larga tradición en el arte de leer en el libro de las ciudades, de vagar como lo hacía el *flâneur* propuesto por Baudelaire, el paseante que deambula por París, o ese personaje del relato de Edgar Allan Poe, *El hombre en la multitud*, que sigue sin rumbo a alguien por las calles de Londres.

«Vagar por la ciudad, perderse en ella como en un bosque», según la frase afortunada de Walter Benjamin, quien en su *Libro de los Pasajes* intentó resumir una filosofía de la historia del siglo XIX a través de las calles de París. Benjamin había recopilado durante años una serie de citas, textos, páginas de periódicos, fragmentos con la intención de leer esa ciudad. Este discurso de hoy tiene algo de eso, de pensar o repensar Sevilla con dimensión literaria, de reinterpretarla según la psicogeografía y otras claves simbólicas, de convertirnos acaso en algún personaje a la deriva como los que describía Robert Walser en sus libros.

Paseamos por una ciudad de naturaleza esquiva, huidiza, intrigante, aunque haya pasado a la posteridad como una ciudad folkórica, tópica y previsible. Los que creen que Sevilla es ese lugar de cartón piedra atrapado en las postales, kitsch y pintoresco que buscaron los viajeros románticos no entienden qué es realmente Sevilla. Ahí va la complejísima contradicción de sus descripciones: ciudad arcádica, levítica, provinciana, ciudad

de Dios y de los círculos del infierno, conventual, prostibularia, capital de la picaresca, romántica, liberal, reaccionaria, utópica, libertaria, heterodoxa, contrarreformista, folklorizada, mística. Una polis inclasificable.

Esta ciudad de múltiples rostros y versiones podría adivinarse en una genial intuición literaria que escribió Pedro Salinas. Salinas fue profesor de Literatura en la Universidad de Sevilla y reconocía que a una ciudad como Sevilla siempre se llega con un pesado equipaje de ideas preconcebidas. Él, sin embargo, describió la ciudad como un extraño rompecabezas en su relato *Entrada en Sevilla*. Se trata de una moderna aproximación literaria en la que el protagonista del relato narra su llegada a la ciudad en un automóvil que recorre veloz las callejuelas laberínticas. Salinas nos plantea un curioso retrato cubista de Sevilla dejando en el lector la recomposición de los trozos para interpretar la idea total. Esta Sevilla-collage en un travelling cinematográfico o plano secuencia vertiginoso es la ciudad deslumbrante de Pedro Salinas, un escenario confuso y de naturaleza 'trampantójica', con visiones de engaño en la mirada del lector-espectador. Quedaría en la mirada del poeta esa idea de una ciudad contemplada fugazmente en un automóvil, máquina futurista, en la que los muros, las cancelas, los balcones y los zaguanes componían su particular *memorabilia* sevillana.

Sevilla se convirtió en tema literario de Pedro Salinas. Pintaba escribiendo como desveló en su poema *Acuarela*: «En agua sin sol/ sombras de naranjos/ entierran azahares». Y, sin saberlo, influyó en otro escritor -Francisco Ayala- que confesó que antes de viajar a Sevilla la había reconocido porque la había leído en las *Vísperas del gozo*, de Pedro Salinas. Es curiosa la experiencia de Francisco Ayala con Sevilla y su interpretación de una ciudad a través de páginas leídas. Admitía el autor granadino que Sevilla es una experiencia literaria, poética, o lo que es lo mismo, una realidad quintaesenciada.

Francisco Ayala noveló Sevilla antes de haberla visitado. La ciudad aparece en su relato *El hechizado*. Cuenta la historia de un indio americano que llega al puerto de Sevilla tras un viaje

desde ultramar. Ayala recrea el Guadalquivir del siglo XVII, espejo de platas y miserias. Un espacio que para el escritor sólo es imaginario por haberlo contemplado en grabados históricos y atrapado desde la memoria de lo leído. Sin duda, esta posibilidad sólo puede ser patrimonio de una estirpe especial de ciudades, las ciudades leídas, imaginarias o soñadas. Ayala escribe sobre Sevilla, pero sólo la conoce después, en 1960, cuando regresa a España tras su largo exilio.

Ayala pisa Sevilla -un territorio antes leído e imaginado- y siente que pasea por un lugar familiar, como recordado o entrevisto en un sueño antiguo. El escritor tenía en su mente una Sevilla imaginaria alimentada de lecturas cervantinas, la ciudad leída en *El Coloquio de los perros*, *Rinconete y Cortadillo* o *El celoso extremeño*.

\*\*\*

Así que detengámonos en esa Sevilla cervantina. Aquí fue donde Miguel de Cervantes encontró a la «flor y nata de la matonería andante», como dijo el ilustre cervantista Francisco Rodríguez Marín. Cervantes llegó a Sevilla como cobrador de impuestos de la Hacienda Real y por asuntos de deudas ingresó en la Cárcel Real de la calle Sierpes, «la peor jaula del mundo», donde algunas tesis apuntan que pudo haberse engendrado *El Quijote*. De Sevilla se llevó Cervantes un retrato de la condición humana tomando bocetos del natural en un callejero de bajos fondos que le inspira buena parte de sus *Novelas Ejemplares*.

Es en 1564 cuando Cervantes llega por primera vez a Sevilla con su familia, ya que su padre, el médico cirujano Rodrigo Cervantes, se traslada a la gran urbe, puerta de las Indias. En junio de 1587 regresa a esta Sevilla populosa y fabulosa, «Roma triunfante en ánimo y nobleza», reencontrándose así con el paisaje de su adolescencia. Será en la calle de Bayona (actual Sánchez Bedoya) en la posada de su amigo el ex comediante Tomás Gutiérrez donde permanezca el escritor en este inicio de lo que su biógrafo Jean Canavaggio llamó el «laberinto andaluz».

Lo que se llevó Cervantes de Sevilla fue un revelador reflejo de la realidad. Será aquí donde se curta en la mala vida y donde se nutra su desengaño -tan necesario para la transgresión literaria que escribió- que ya había comenzado con su experiencia en la época de Argel. En esta Sevilla cervantina hay lugares del hampa como la cárcel real, las tabernas de Triana, los arenales del Guadalquivir o el corral de los Naranjos. Este itinerario lo han estudiado de forma admirable los profesores Pedro M. Piñero y Rogelio Reyes Cano en un libro que yo colocaría como clásico en estos asuntos de las *topoliteraturas*: *La imagen de Sevilla en la obra de Cervantes. Espacio y paisaje humano*.<sup>2</sup>

Tenía Cervantes buen oído del natural para atrapar palabras azumbradas y escribirlas luego en papeles viejos con gracia y desparpajo. Aquí aprendió la jacarandina y asumió los lenguajes de germanía que plasmó en las *Novelas Ejemplares*. En esta fabulosa recreación de Sevilla que descubrimos en su obra podríamos toparnos con los mesoneros, jaques, coimas, cuadrilleros, murcios y tahúres que poblaron las páginas del escritor, lo que Rodríguez Marín denominó «germanesca arrufada y garbeadora, espuma de lo burlesco».

Sevilla es una constante que aparece y desaparece de la obra de Cervantes, quizás una geografía gaditanesca y desconcertante. En sus infaustos años andaluces sufrió no pocos episodios ingratos durante sus trabajos como requisador de trigo para la gran Armada. Ese punto de tragedia y hedonismo que aquí contempló como espectador privilegiado sería fundamental en su obra. Sevilla no está en *El Quijote*, pero aparece citada en múltiples ocasiones como enclave de opulencia y marginalidad. Y no habría que olvidar a la enamorada del caballero del Bosque, Casildea de Vandalia, nombre visigodo de Sevilla: «Una vez me mandó que fuese a desafiar a aquella famosa gigante de Sevilla llamada la Giralda, que es tan valiente y fuerte como hecha de bronce, y, sin mudarse de un lugar, es la más movible y voltaria mujer del mundo. Llegué, vila y vencile, y

<sup>2</sup> Pedro M. Piñero y Rogelio Reyes Cano: *La imagen de Sevilla en la obra de Cervantes. Espacio y paisaje humano*, Universidad de Sevilla, 2013.

hícele estar queda y a raya, porque en más de una semana no soplaron sino vientos nortes».

Tampoco habría que olvidar la hipótesis no del todo confirmada de que la idea del libro surge cuando el escritor ingresa en 1597 en la Cárcel Real de Sevilla a causa de la quiebra de un banquero al que había confiado el dinero cobrado como recaudador y comisario de los suministros de las galeras reales de la Armada. Entonces, ¿concibió allí la idea de escribir *El Quijote*? En el prólogo del libro dice: «Y así, ¿qué podrá engendrar el estéril y mal cultivado ingenio mío sino la historia de un hijo seco, avellanado, antojadizo y lleno de pensamientos varios y nunca imaginados de otro alguno, bien como quien se engendró en una cárcel, donde toda incomodidad tiene su asiento y donde todo triste ruido hace su habitación?».

Sigue siendo una incógnita si Cervantes fragua la historia del ingenioso hidalgo en aquel infierno, como lo llamó Mateo Alemán, autor del *Guzmán de Alfarache*, la otra gran novela de la época, y que también dio con sus huesos en este lugar de triste memoria. Un espacio infernal que del mismo modo describió el escritor sevillano: «Ella [la Cárcel Real] es un paradero de necios, escarmiento forzoso, arrepentimiento tardío, prueba de amigos, venganza de enemigos, república confusa, infierno breve, muerte larga, puerto de suspiros, valle de lágrimas, casa de locos donde cada uno grita y trata de sola su locura».

No dejaremos el siglo ni los ambientes picarescos. Continuemos con Mateo Alemán que retrató como pocos esa Sevilla de murcios y valentones. El autor sevillano nació en septiembre de 1547 y fue bautizado en la parroquia del Salvador. Fue bachiller en Artes y Teología en la antigua Universidad Maese Rodrigo de Sevilla y de Medicina en Salamanca y Alcalá de Henares. Probablemente estudió en la Academia de Mal-Lara, y Rodríguez Marín aseguraba que vivió en la calle Redes, la misma zona en la que se encontraba la casa-biblioteca del gran bibliógrafo Hernando Colón.

Mateo Alemán pertenece a una estirpe de marginados, raros y heterodoxos, pues durante mucho tiempo su nombre ha

sido olvidado o incluso eclipsado por la enorme sombra del gran Cervantes. Ni siquiera en su ciudad natal se le reconoce y apenas existen huellas en el callejero. Un tema clásico de nuestra ciudad con sus hijos ilustres.

El autor tuvo una vida disoluta y poco ordenada. Se dedicó al comercio, pero por un turbio asunto de mercaderías ingresó en la Cárcel Real de la calle Sierpes. Sobre Mateo Alemán siempre pesó la historia familiar de los supuestos orígenes conversos, ya que parece que un abuelo fue quemado por el Santo Oficio en tiempos de los Reyes Católicos, aunque en realidad no existe ningún documento que confirme esa versión. Quizás para no plantear sospechas, Mateo Alemán redactó las reglas de la cofradía del Silencio haciendo hincapié en la pureza de sangre que debían tener los hermanos.

Pero ¿qué Sevilla es la que aparece en la obra de Mateo Alemán? El *Guzmán de Alfarache* se publicó en 1599 y es una novela que lleva dentro todo el mundo contradictorio y dual de la Sevilla del Siglo de Oro. En ella se muestra la imagen del individuo en el nuevo mundo barroco, lleno de desarraigo, pecado y desengaños. Es en este libro donde se acuña definitivamente el término de pícaro y en el que Cervantes bebe para trasladar su espíritu a *El Quijote*. Como decía Américo Castro: «Sin la grandiosa visión del mundo que presentó Alemán en su *Guzmán* no tendríamos *El Quijote*». *El Quijote* anticipa la novela moderna, el *Guzmán* lo hace con una singularidad, mostrar al hombre reflexivo, porque es la novela introspectiva, como ha escrito el profesor Pedro M. Piñero. Es el pícaro que saca conclusiones de su propia vida mientras que *El Quijote* es la novela de acción.

El *Guzmán de Alfarache* es una novela de ciudades, de ahí su carácter de pionera de la novela moderna, mientras que *El Quijote* lo es de caminos, como afirmaba el profesor Francisco Márquez Villanueva. Por sus páginas atraviesan las grandes urbes de la época: Madrid, Génova, Roma, Florencia, Alcalá y, naturalmente, Sevilla, la ciudad natal de Mateo Alemán y de su personaje. La obra descubre la vida apicarada de la ciudad



e incluso introduce otras dos novelas cortas que también sitúa en Sevilla: *Ozmín y Daraja*, que transcurre en la Sevilla de los Reyes Católicos, y *Bonifacio y Dorotea*, considerada como la novela del comercio hispalense, una auténtica novela burguesa.

Por cierto, en el cronotopos libresco de Sevilla hay una obra perdida de Mateo Alemán que hubiera sido muy reveladora de este análisis sobre la relación con su ciudad natal. Se trata de una *Historia de Sevilla* de la que no se tiene noticia desde el siglo XVII y que el erudito Juan de Torres Alarcón aseguraba que había manejado.

El profesor Francisco Márquez Villanueva dedica un excelente episodio a la relación del autor con su ciudad en el libro *Atalayas del Guzmán de Alfarache*<sup>3</sup>, que coordinó el profesor Pedro M. Piñero con motivo de los 400 años de la primera edición. Hay un momento en el que Guzmán se detiene a describir la ciudad: “Sevilla era bien acomodada para cualquier granjería... Es patria común, dehesa franca, ñudo ciego, campo abierto, globo sin fin, madre de huérfanos y capa de pecadores, donde todo es necesidad y ninguno la tiene”.

Uno de los lugares sevillanos que aparecen en la novela de Mateo Alemán es precisamente la collación donde nació: el Salvador. El pícaro Guzmán vende allí tejas de caña a incautos compradores. Es la ciudad hedonista en la que el niño -nacido de un adulterio y cargado por engaños a un viejo acaudalado- crece cebado «a torreznos, molletes y mantequillas y sopas de miel rosada, mirado y adorado, más que mercader de Toledo o tanto».

Pero hay un momento en el que Mateo Alemán -como su personaje- decide marcharse de Sevilla, quizás agobiado por deudas y otros episodios desgraciados. Llega en 1608 al virreinato de Nueva España y parece que residió en Chalco, donde se pierde su rastro para siempre. Ni siquiera se sabe con exactitud cuándo muere. Todo es un misterio.

Quizás en la distancia de México le llegaría al escritor la nostalgia de su ciudad natal, como también le ocurriría siglos

<sup>3</sup> Piñero, Pedro M: *Atalayas del Guzmán de Alfarache. Seminario Internacional sobre Mateo Alemán, Universidad de Sevilla, 2002.*

más tarde en el mismo lugar a su paisano Luis Cernuda. Y de la misma forma, Mateo Alemán dedicó elogios y críticas a partes iguales. Así definió su ciudad en el libro *Ortografía castellana*, publicado en México: «Mi Sevilla odiada...».

Y, sin embargo, en el *Guzmán de Alfarache*, además del *topos* literario que dedica a Sevilla, hay un fragmento donde demuestra su querencia a la ciudad. Hay un momento lleno de belleza en el que el pícaro Guzmán retorna a su ciudad natal y describe sus sensaciones por el reencuentro: «Entré por aquella calzada real. Dimos vuelta por el campo, cercando la ciudad hasta el mesón de los carros, donde por fuerza los míos habían de parar. Y como todos aquellos eran pasos muchas veces andados en mi niñez y tierra conocida donde recibí el ser, alegróseme la sangre, como si a mi madre misma viera».

\*\*\*

Adentrémonos ahora en la Sevilla literaria creada por sus poetas, en esa estirpe de Bécquer que describió Fernando Ortiz en su ensayo de referencia<sup>4</sup>. Está la llamada Primera Escuela Poética Sevillana que arranca en el siglo XVI con Gutierre de Cetina, Fernando de Herrera, Baltasar del Alcázar, Juan de Mal-Lara y así continúa con Juan de Arguijo o Francisco de Rioja. Para saltar a la siguiente escuela poética ya en el siglo XVIII con José María Blanco White, Manuel María de Arjona, Alberto Lista, Félix José Reinoso o Manuel María del Mármol. Y así hasta Bécquer, los hermanos Machado, los ultraístas de la revista *Grecia* y las vanguardias de orden con los poetas del 27 de la revista *Mediodía*.

Veamos qué paisajes sevillanos escribieron estos hijos ilustres para demostrar la teoría de la ciudad literaria. Hay varios espacios de gran fuerza poética en esa Sevilla del XVI, lugares convertidos en auténticas máquinas de trovar como la que inventó el heterónimo de Antonio Machado, Juan de Mairena.

<sup>4</sup> Ortiz, Fernando: *La estirpe de Bécquer. Biblioteca de la Cultura Andaluza, Sevilla, 1985.*

Son las tertulias, los gabinetes poéticos de esa Sevilla del Siglo de Oro. Uno especialmente destacado fue el palacio de los condes de Gelves, que se encontraba entre la actual calle Rodrigo Caro y las murallas del Alcázar. Don Álvaro de Colón y Portugal y doña Leonor de Milán reunían en tertulia poética a Fernando de Herrera el Divino; al gran humanista Juan de Mal Lara; al dramaturgo Juan de la Cueva; al erudito Gonzalo Argote de Molina; al canónigo Francisco Pacheco o al poeta satírico Baltasar del Alcázar.

Es célebre la historia de amores más o menos platónicos entre Fernando de Herrera y doña Leonor de Milán. Decía el profesor Márquez Villanueva que la aventura parecía el argumento de un libreto de ópera: el amor truncado e imposible entre el hijo de un cerero, clérigo y poeta sin más bienes que sus versos y una dama en la que se cruzaban las sangres reales de Aragón y de Portugal.

La poesía de El Divino confirma esa pasión tan inalcanzable como tormentosa. Parece que nunca pudieron amarse; sin embargo, en la enigmática *Elegía III*, Fernando de Herrera narra su dicha al ver su amor correspondido. Este episodio sucede en un espacio singular de la ciudad, un escenario que ha dado para infinitas páginas literarias: el Guadalquivir. Es el 7 de octubre de 1571 a orillas del río donde está fondeada la flota que había regresado triunfadora de Lepanto. El poeta habla con el río para contarle su dicha amorosa: «Sossiega el curso, tú, profundo río,/ oye mi gloria, pues también oíste/ mis quejas en tu puro asiento frío».

Si Fernando de Herrera nos muestra un paisaje metaforizado por las veladuras de un amor idealizado, otro poeta de esta generación nos enseñó los escenarios más mundanos de esa Sevilla renacentista. Frente a la gravedad cultista de Fernando de Herrera, Baltasar del Alcázar inaugura la corriente festiva y humorística de la llamada «poesía de la sal», como apunta Valentín Núñez Rivera en sus estudios<sup>5</sup>. Una corriente de la que también

<sup>5</sup> Núñez Rivera, Valentín (ed): *Poesía. Fundación José Manuel Lara. Colección Clásicos Andaluces. Sevilla, 2012.*

participan en gracia y donaire Juan de Salinas, Pedro de Quirós o Fernández de Ribera. Todo un mundo satírico y burlesco que anticipa a Góngora y Quevedo. Buen humor gestado entre vinos y pucheros porque fue Baltasar del Alcázar famoso por sus poemas burlescos y por su afición a los placeres de la mesa.

El poeta nació en 1530 y murió ya cruzado el siglo -en 1606- de males de gota y piedras por culpa de su gusto por los manjares. En vida gozó Baltasar del Alcázar de los placeres mundanos en su dulce retiro campestre en la Huerta del Corzo, muy cerca del lugar de descanso del humanista Benito Arias Montano, establecido en la Huerta de la Flor. Desde esta hacienda de recreo cerca de la Puerta de la Macarena escribía a Gutierre de Cetina «entre los verdes sauces recostado/ ido el rigor del caluroso día». También habría que incorporar a estos inspirados mapas poéticos su casa en la actual calle Santa Ángela de la Cruz. Decía el erudito Manuel Chaves Rey que en el siglo XIX aún se conservaba el llamado mirto de Alcázar a cuya sombra se sentó el poeta a componer su famosa *Cena Jocosa*. Esta composición en redondillas tiene un aire de figones, manantiales de vinazos y pucheros de palabras que se llevó el tiempo, porque la antigua residencia de Baltasar del Alcázar debe de ser como una casa de gula de ultratumba, donde seguirán festejando el *carpe diem* del buen yantar aquellos poetas del XVI.

\*\*\*

Hemos hablado de poetas varones, pero en la asombrosa Sevilla áurea encontramos también plumas femeninas pues fue la ciudad inspiradora de no pocos ingenios de ambos sexos. Hubo musas inspiradoras, pero también autoras, es decir, creadoras. Y qué importante esa consideración de ser sujeto creador y no sólo objeto de la creación. Una de ellas, Ana Caro Mallén fue tan célebre en su tiempo que Rodrigo Caro la menciona en el *Libro de Varones Insignes en Letras*. Es cierto que a Ana Caro Mallén también la conocían como la «décima musa sevillana», pero porque era el modo en que se llamaba a las damas doctas

además de cuarta gracia, por lo de las nueve musas y las tres gracias. Luis Vélez de Guevara en *El Diablo Cojuelo* la sitúa en la academia fabulada de la calle de las Armas -actual Alfonso XII- adonde acuden don Cleofás y El Cojuelo con nombres fingidos asegurando que “con sus dulces y bien pensados versos suspende y deleita a quien los oye y lee”.

Ana Caro Mallén nació esclava morisca pero fue adoptada por una familia principal. Fue una destacada dramaturga como demostró en sus obras *El conde Partinuplés* y *Valor, agravio y mujer*. Además, era una autora profesional que se dedicaba a escribir relaciones sobre fiestas y sucesos. Se podría decir que fue una de las primeras periodistas o cronistas de su tiempo. Así lo hizo en su obra *Contexto de las reales fiestas que se hicieron en el Palacio del Buen Retiro*.

Y muy amiga de Ana Caro Mallén fue María de Zayas, la autora de los *Desengaños* y las *Novelas amorosas y ejemplares*, que residió en Sevilla, lugar donde sitúa algunas de sus novelas. Y otra vez nos encontramos con la ciudad como inspiradora de los autores que pasaron por aquí. María de Zayas fue una gran adelantada como demuestra por la modernidad de algunas de sus obras. Abogaba la autora incluso por la libertad sexual de sus personajes femeninos y por la educación como clave de su independencia. Sin duda, pensamientos muy atrevidos para su tiempo.

En esta galería no podríamos olvidar a la dramaturga Feliciano Enríquez de Guzmán, quien protagonizó un curioso episodio en la España de su tiempo al disfrazarse de hombre para estudiar en la Universidad de Salamanca. Algunos autores aseguran que esta Feliciano es la misma a la que se refiere Lope de Vega en su *Laurel de Apolo* donde relata la historia de una dama travestida: «Mintiendo su nombre,/ Y transformada en hombre,/ Oyó Filosofía,/ Y por curiosidad Astrología. (...) Y de aquella científica Academia/ Mereció los laureles con que premia;/ No de otra suerte que a Platón divino/ Aquella celebrada Mantinea,/ Que en forma de varón a Grecia vino».

Doña Feliciano también aporta otro dato bizarro a su biografía y a la sorprendente Sevilla del siglo XVII. Esta dama

docta escribe la obra *Los jardines y campos Sabeo* y dedica esta insólita obra a sus hermanas, monjas en el convento de Santa Inés. Claro que no es una obra cualquiera. Una de las piezas es una delirante historia de doncellas tullidas y contrahechas que por esta razón llama Gracias mohosas. Las damas buscan marido y reciben a una corte de pretendientes también mutilados, tarados y grotescos. Ante tanto requiebro de amor y cortejo burlesco, deciden optar por un escandaloso final de comedia: la poliandria, es decir cada dama se casará con varios hombres. La comedia es sorprendente pero más audaz es que Feliciano la dedicara a sus dos hermanas monjas y que además su destino fuera la representación en el convento de Santa Inés de Sevilla donde profesaban para buscar asueto y entretenimiento entre tanto rezo y devoción.

\*\*\*

Pero sigamos avanzando en los siglos. Estamos en el siglo XVIII, la centuria por la que Sevilla pasó casi de puntillas. En esa ciudad de finales del Siglo de las Luces cuajaría cierta idea de la Ilustración. Es en este momento, poco después de la Sevilla de Olavide, que tan bien recreara Francisco Aguilar Piñal en su libro ya clásico<sup>6</sup>, cuando surge otro gran momento poético alrededor de la tertulia llamada Academia de Letras Humanas que formaban Blanco White, Alberto Lista, Justino Matute, Félix José Reinoso y Manuel María del Mármol.

Pero entremos definitivamente en los mapas literarios de nuestro siglo XVIII. Apenas hay luz en la calle, sólo la débil llama de un retablo de ánimas. Suena la campana en la espadaña de la iglesia de Santa Cruz y el viento de noviembre asusta a las figuras que a esa extraña hora caminan por las callejas del barrio. Van cubiertos por capas oscuras y miran de soslayo como si temieran algo, quizás porque llevan libros ocultos en los pliegues de sus manteos. Son Manuel María del Mármol,

<sup>6</sup> Aguilar Piñal, Francisco: *La Sevilla de Olavide*. Ayuntamiento de Sevilla, 1995.

Alberto Lista y Félix José Reinoso, los poetas que se reúnen en el cenáculo que se cita en la casa de Blanco White, en la calle Jamerdana. Allí leen en secreto a Rousseau, Diderot o Voltaire.

Desde su exilio en Liverpool, muchos años más tarde, Blanco White recordaría estos agitados años sevillanos. El escritor temió desmemoriarse, así que recreó el pasado deambulando por los territorios perdidos de su patria. Sin duda, esta es otra de las características de la literatura inspirada desde nuestra ciudad: la nostalgia desde la distancia.

En los años ingleses, Blanco White recordaría en múltiples ocasiones a su ciudad natal. Y lo haría en un libro en el que critica al mismo tiempo que añora detalles de la vida cotidiana: el braserillo de cisco picón, la alhucema, los zaguanes frescos, los toldos de los patios, los tapaluces de las ventanas, las esterillas de fina enea. Todos esos detalles de las estampas andaluzas los explicará en *Letters from Spain (Cartas de España)*, ese retrato de su vieja España que publicará por entregas con el seudónimo de Leucadio Doblado en *The New Monthly Magazine* para el público inglés que adoraba esa moda de las crónicas al modo epistolar, de diálogos autobiográficos donde se relataban las costumbres de países extranjeros.

Así, Blanco White en sus *Cartas de España* muestra un canto nostálgico- y también crítico con su ciudad natal-, tan añorada como odiada, una constante de muchos autores sevillanos. En el pasaje en el que recuerda el verano, Blanco White relata cómo la gente se trasladaba al piso bajo de los grandes caserones y corría en las horas de la canícula los tapaluces por medio de sogas y poleas.

Con una prosa deslumbrada por el sol de la calle, aunque este libro lo escriba envuelto en los fríos de Inglaterra, Blanco evoca cómo todas las mañanas «se lava el suelo para que la evaporación del agua embebida por los ladrillos modere de alguna forma el calor del aire» o esa «ligerísima esterilla de fina enea» que servía de alfombra en verano.

Blanco White demostró que los recuerdos seguían vivos en su memoria. En el almanaque literario *No me olvidas* de 1835

confiesa su debilidad: «Bajando estoy el valle de la vida y todavía se fijan mis pensamientos en aquellas calles estrechas, sombrías y silenciosas, donde respiraba el aire perfumado que venía como revoloteando por las vecinas espesuras; donde los pasos retumbaban en los limpios portales de las casas».

\*\*\*

La huella de estos poetas a caballo entre el XVIII y el XIX abre la puerta al gran siglo romántico. Y aquí aparece la figura portentosa de Gustavo Adolfo Bécquer. Bécquer es el poeta de la modernidad, quien renueva la literatura española. Se marcha pronto de Sevilla para residir en Madrid donde se convierte en periodista y participa de los ambientes literarios. Pero ¿podríamos encontrar una huella sevillana en la obra becqueriana? ¿Esas *topoliteraturas* que buscamos en esta investigación tienen un episodio especial en Bécquer? Hay momentos de su infancia sevillana especialmente reveladores. Decía el poeta que cuando era pequeño y apagaban la luz del cuarto en las noches de luna, su hermano Valeriano dibujaba la claridad dudosa de la torre de San Lorenzo, en la collación donde habían nacido.

Hay una Sevilla legendaria que atrapó a nuestro poeta. El terror gótico, tan del gusto de los románticos, aparece en sus historias de miedo, que en algunos casos sitúa en Sevilla como *Maese Pérez El Organista*, *La Venta de los gatos* o *La promesa*, localizada en parte en la Sevilla de la Reconquista. El niño Bécquer, que descubre los cuentos fantásticos de Hoffmann, se asustaba al ver la sombra oscura de la torre de San Lorenzo al tocar las dos, «la hora misteriosa de fantasmas y hechiceras». El Bécquer de lo sobrenatural halló este mundo espectral en el barrio de San Lorenzo, bajo la densa niebla del crepúsculo que llegaba del río cercano.

Además de esta Sevilla de fantasmas encontramos un Bécquer que escribe sobre la realidad de su tiempo. Un Bécquer periodista que nos ofrece jugosas crónicas como la que dedicó

a la Feria de Abril en un artículo publicado en las páginas de *El Museo Universal* en 1869<sup>7</sup>. El escritor denunciaba una fiesta en la que lo falseado había triunfado sobre lo auténtico, esa Feria de sus orígenes que había conocido en su infancia.

Anunciaba así el fin del pintoresquismo, esa corriente que entre la verdad y el falseamiento había conseguido fascinar a los viajeros románticos. Adelantándose a la visión ferozmente crítica de Ortega y Gasset en *Teoría de Andalucía* (1927) cuando advertía que Sevilla era un inmenso teatro y sus habitantes actores de una gran función, Bécquer describe esta portentosa representación. Leamos su crónica: «Un prado inmenso, cubierto de un tapiz de verdura finísima; por fondo, la accidentada silueta de Sevilla con sus millares de azoteas y campanarios que coronan la catedral y el Giraldillo; por actores, una multitud alegre y ruidosa».

Pero si hay un lugar becqueriano en la ciudad, es la tumba fluvial que en realidad no existe. En la tercera carta de *Desde mi celda* se adivina ese paisaje. El poeta hablaba de la ribera del Guadalquivir enfrente del convento de San Jerónimo donde de niño soñaba con ser poeta. «Soñaba que la ciudad que me vio nacer se enorgulleciese con mi nombre añadiéndolo al brillante catálogo de sus ilustres hijos, y cuando la muerte pusiese un término a mi existencia, me colocasen, para dormir el sueño de oro de la inmortalidad, a la orilla del Betis, al que yo habría cantado en odas magníficas. (...) Una piedra blanca con una cruz y mi nombre serían todo el monumento».

No descansa Bécquer junto al Guadalquivir sino en el Panteón de Sevillanos Ilustres donde sus restos -junto a los de su hermano Valeriano- fueron trasladados en 1913. Precisamente, Luis Cernuda en *Ocnos* evocaba el lugar, situado bajo la capilla de la Universidad. Bécquer estaba abajo en la cripta y hasta allí llegaban las voces jóvenes y las risas de los estudiantes en el patio soleado: «Allá adentro todo era ya indiferencia y olvido».

Y en este mismo Panteón de Sevillanos Ilustres “lleno de in-

<sup>7</sup> Bécquer, Gustavo Adolfo: “La Feria de Sevilla” (25 de abril de 1869), *El Museo Universal*, pp. 131-134.

diferencia y olvido” reposa una sevillana de adopción que tiene un vínculo especial con esta Real Academia Sevillana de Buenas Letras pues aquí se atesoran algunos de sus enseres. Cecilia Böhl de Faber, que eligió el seudónimo masculino de Fernán Caballero, residió en Sevilla durante largo tiempo convirtiendo además a la ciudad en escenario de alguno de sus libros.

Probablemente, las narraciones que Fernán Caballero escribió sobre la ciudad nos sirven para entender bien la Sevilla del siglo XIX. La figura de Cecilia Böhl de Faber se nos presenta como todo un desafío literario. Qué duda cabe que sobre la escritora pesan determinados clichés que han lastrado la enorme importancia de su obra, como bien ha estudiado la profesora y académica Mercedes Comellas<sup>8</sup>. El pensamiento conservador y tradicionalista de Cecilia ha hecho que en muchas ocasiones se le considere una autora menor, anticuada y reaccionaria. Y, sin embargo, cualquiera que la haya leído podría reconocer la audacia narrativa de su obra, cómo su escritura es todo un laboratorio de experimentación literaria que la convierte en auténtica pionera. Podemos considerar que Cecilia es una autora-bisagra en la novela del siglo XIX en España. De hecho, los principales especialistas defienden que en los años en los que escribió la mayor parte de su obra, desvela ser una autora revolucionaria tanto en lenguaje como en asuntos y técnicas narrativas.

La escritora, que residió y murió en Sevilla, vivió durante algún tiempo junto al Alcázar en una casa cedida por la reina Isabel II. El hecho de vivir en las dependencias cercanas al monumento, en una de las viviendas del Patio de Banderas, sugestionó la imaginación literaria de nuestra autora. Allí habitó hasta que tuvo que marcharse con la revolución de septiembre de 1868 en la que Isabel II fue destronada.

La relación de Cecilia con el Alcázar fue muy intensa, tanto es así que publicó un librito dedicado precisamente a sus recorridos por el monumento. *El Alcázar de Sevilla* es una obra que se puede considerar una preciosa guía, un documento que nos

<sup>8</sup> Comellas, Mercedes: *Fernán Caballero. Escritura y contradicción. Centro Andaluz de las Letras, Sevilla, 2022.*

permite apreciar en qué estado se encontraba el edificio en esa época -mediados del siglo XIX-. Las páginas de Cecilia sirven como auténtica fotografía de época.

Cecilia Böhl se convirtió en divulgadora del Alcázar formando parte de la propia biografía del edificio. De alguna forma, igual que hizo Washington Irving, al que por cierto había conocido en 1828 y la había animado a escribir. Washington Irving fue el gran narrador de *La Alhambra* de Granada y nuestra autora lo fue de este Alcázar de Sevilla. Aunque con una mirada más objetiva, más puramente descriptiva, más propia del realismo que ella contribuyó a traer a la literatura española.

Si tuviéramos que escoger una de las más ilustrativas páginas sevillanas de Cecilia Böhl de Faber, sin duda elegiríamos su novela *La Gaviota* (1849). En ella, el personaje del médico alemán Stein realiza un paseo por la ciudad. El itinerario nos muestra cómo era la Sevilla del siglo XIX en un recorrido siguiendo la línea de sus antiguas murallas. La propuesta narrativa de Fernán Caballero se asemeja también a una propuesta de fotografía, de instantánea casi documental de la ciudad de aquella época.

Stein comienza su paseo en la Puerta de Jerez para seguir su recorrido por la de Triana y la Puerta Real descubriendo el convento de San Laureano y recordando que allí estuvo la casa de Hernando Colón. Luego sigue bordeando la muralla hasta la Puerta de San Juan y la Barqueta mencionando el monasterio de San Jerónimo y el hospital de leprosos de San Lázaro, hasta llegar “al inmenso y soberbio hospital de las Cinco Llagas del Señor, llamado vulgarmente Hospital de la Sangre”. Continúa nuestro personaje por la Puerta de la Macarena y la de Córdoba: “Después de las puertas del Sol y del Osario, halló la de Carmona, una de las más bellas del recinto, de donde arranca, en línea paralela con el acueducto que provee de agua a Sevilla, el camino real que atraviesa toda la Península en su longitud, brincando como una cabra, por las asperezas de Despeñaperros”. Y así hasta rodear todo el perímetro de las murallas que por entonces aún contaban con buena parte de sus puertas. Por

esta razón, este curioso pasaje de *La Gaviota* se convierte además en un valioso documento testimonial puesto que Fernán Caballero sí pudo admirar este aspecto de la ciudad hoy ya desaparecido. Y es que sólo unos años más tarde el alcalde García de Vinuesa ordenó el derribo de las puertas y de las murallas con el fin de modernizar la ciudad para que pudieran realizarse ensanches que acabaran con pasajes angostos y muladares.

\*\*\*

Regresemos otra vez a la ciudad como sujeto de inspiración. ¿En qué momento Sevilla trasciende en mito literario capaz incluso de que algunos escritores hayan escrito sobre ella sin haber estado nunca aquí? Buena parte de la teoría del alma de la ciudad reside en esa evidencia. Y a ello le debe también Sevilla la construcción de su propia identidad. Elijamos un tema: la mirada del otro, es decir, cómo han narrado Sevilla los viajeros, los visitantes de paso. Porque, aunque haya triunfado la imagen turística, Sevilla no se puede llevar como souvenir en una maleta. Es mucho más.

Probablemente es en los siglos XV y XVI cuando Sevilla comienza a sorprender a los viajeros por la fastuosidad de una ciudad que era considerada la capital económica del imperio español. Están los testimonios de Jerónimo Münzer a finales del siglo XV o la fascinación del embajador veneciano Andrea Navagiero, que acude a las bodas del emperador Carlos V y queda maravillado ante la primavera sevillana.

En el Siglo de Oro habrá una dualidad estética y literaria. Por un lado, hemos visto cómo se convierte en Parnaso de una escuela de exquisitos poetas renacentistas, pero también será uno de los escenarios preferidos de la novela picaresca. Los autores sólo tuvieron que copiar del natural las escenas de miseria y engaño de toda esa comedia humana de valentones, jaques y tahúres que poblaban la vida cotidiana de la ciudad. Esa ciudad a medias entre Roma y Babilonia que comenzará a quebrarse tras la terrible epidemia de 1649. La ciudad se hunde econó-

micamente alcanzando sólo el nivel de una capital de provincia que además vivirá obsesionada por su pasado. La nobleza también entrará en la picardía y, como ha señalado la historiadora Enriqueta Vila<sup>9</sup>, las sagas de audaces mercaderes de la Sevilla del Quinientos se irán afincando en la ciudad para caer en un marasmo. Frente a las grandes empresas comerciales que habían protagonizado en el siglo XVI plantearán la estrategia de comprar tierras y títulos nobiliarios entroncando a sus hijos con la nobleza local. La ciudad avanzada que se moderniza y que progresa en ciencias y en terrenos humanistas terminará dominada por una clase social de actitudes conservadoras. La ciudad se replegará entonces en sí misma.

En el siglo XVIII Sevilla se ha hundido en la oscuridad, más que una ciudad de las luces es una contrasombra, a pesar de haber acogido la corte ilustrada de Felipe V durante el Lustró Real, la creación de las fábricas reales por parte de la Corona y la existencia de personajes como Olavide y Blanco White. Sólo algún viajero de los que pasean en busca de la sorpresa de las emociones en el siglo de la razón apunta motivos para visitar este perdido lugar del mundo, esta ciudad de corridas de toros y autos de la Inquisición. Naturalmente, Sevilla era muchas más cosas, pero pocos extranjeros se esforzaron en descubrir los secretos de una ciudad cuyo verdadero rostro siempre se ha escondido bajo la máscara de las apariencias. Sevilla ni siquiera aparecía incluida en los itinerarios del Grand Tour, ese viaje de formación que hacían los hijos de la aristocracia inglesa a las grandes ciudades de la cultura clásica. España era considerada un país bárbaro y atrasado.

Pero en el siglo XIX todo cambiará. El espíritu romántico convertirá a Sevilla en uno de los paraísos preferidos para vivir aventuras, pasiones y peligros. La fascinación vendrá en buena parte de las lecturas de algunos de los diarios de los soldados franceses e ingleses que habían participado en la Guerra de la Independencia y que habían quedado asombrados

<sup>9</sup> Vila Vilar, Enriqueta: *Los Corzo y los Mañara. Tipos y arquetipos del mercader con Indias*. Universidad de Sevilla, 2011.

por la singularidad de esta tierra exótica e inesperada. Este entusiasmo lo contagiarán en sus países respectivos a través de esos diarios, memorias y cartas y también en el relato oral de sus experiencias.

Esta creación de una teoría de Sevilla desde fuera de Sevilla ha hecho que la propia ciudad haya decidido su reinención a través de la mirada del otro. En el siglo XIX la ciudad encontró su salvación como paisaje pintoresco para los viajeros románticos que venían atraídos por toreros, mocitas pintureras, patios floreados, fiestas y pasión... Toda esa quincallería literaria de gitanos, cigarreras y flamencos creados por el mito de los viajeros y de la que tanto abominarán los escritores de la llamada Generación del 98.

Los sevillanos se acoplarán a esa imagen gestada desde fuera. La ciudad se disfrazará fiel al retrato que han hecho de ella. Y no dudará en disfrazarse con la guardarropía usada por ese inmenso ballet llamado *Sevilla*, según decía Ortega y Gasset. Da igual, Sevilla hechizará a buena parte de los mejores escritores del siglo XIX fascinados con este Sur del Sur, el último escenario exótico de Europa, el paraíso meridional donde 'sólo' es posible ser feliz, indolente y despreocupado.

\*\*\*

El siglo XIX será un siglo de reinenciones ajenas y también propias. Si por un lado están los viajeros románticos proyectando una imagen de la ciudad, por otro están los escritores que intentan zafarse del lastre de los tópicos y del pintoresquismo. Es la Sevilla finisecular de erudiciones y tertulias como la que en la calle del Áncora tenían los poetas José Lamarque Novoa y su esposa Antonia Díaz entre anisados y braseros de alhucema. O la de la calle Alfonso XII en la que se reunían se reunían dos famosos bibliófilos, el marqués de Jerez de los Caballeros y el duque de T>Serclaes, con Rodríguez Marín o Luis Montoto y a la que acudía Marcelino Menéndez y Pelayo cuando visitaba Sevilla.

También se da en la ciudad un curioso experimento: el de la primera revista artística ilustrada de Andalucía, la mítica revista *Bética*, plataforma de la Sevilla que reaccionó contra la decadencia y que se publicó de 1913 a 1917. A la revista *Bética* seguirían otras grandes publicaciones como *Grecia* o *Mediodía*, aunque éstas más centradas en el mundo literario.

Sevilla estrenará el siglo XX con la semilla rebelde de la vanguardia en la revista ultraísta *Grecia* que apostolaba el sevillano Cansinos Assens desde Madrid. En esta revista, junto a Apollinaire, Marinetti o Cocteau, publicó Borges uno de sus primeros poemas con motivo de un viaje a Sevilla en 1920 inspirado por las altas palmeras de la Plaza Nueva. En las páginas de *Grecia* descubrimos una ciudad alucinada, una Sevilla narrada en cubista y dibujada en caligramas, esdrújulos y aire modernista. La aventura de *Grecia*, que sirvió como precedente de las grandes revistas poéticas del 27 –*Mediodía*, *Papel de Aleluyas*, *Litoral*– convierte Sevilla en un sorprendente escenario de *soirées* de vanguardia.

A *Grecia* seguirá la vanguardia de orden de la revista *Mediodía* con la versión sevillana de la Generación del 27. Un grupo de poetas que además organizaba curiosas cenas superrealistas, una mezcla de *soirées* vanguardistas y veladas castizas que terminaban en flamenco, cafés de recuelo y manzanilla bajo la luz vieja de los quinqués. Formaban aquel grupo Rafael Porlán, con sus gafas redondas y pelo brillante de actor del cinematógrafo; Rafael Laffón, rey de los silencios, vestido con el luto de las Vírgenes grises; Juan Sierra, mirada chispeante y melancólica de viejo boxeador; Fernando Villalón, acompañado de una corte de teósofos y espectros; Alejandro Collantes, el alma animosa de la revista; Manuel Halcón, el gran narrador del campo andaluz, y Joaquín Romero Murube, con una veladura de metáforas en los labios y aposentador de todos estos fantasmas del pasado.

Probablemente Joaquín Romero Murube sea el escritor del grupo *Mediodía* que con más propiedad debería entrar en estas divagaciones literarias. Sin duda, él es uno de los grandes

recreadores del alma de la ciudad. En sus libros, Murube pasea por una Sevilla de espejos «que guardan el cadáver del aire» y por casas que «huelen a relojes parados». Y narra imágenes tan macabras como hermosas. Escribe: «Todos los suicidas que se arrojan desde la Giralda coinciden en afirmar que la última impresión que se siente es la de que Sevilla sube, vertiginosa, hacia el cielo».

Probablemente ya no existen los cielos que perdió Romero Murube. Él intentó atraparlos en varios libros antes de que desaparecieran o que el tiempo los borrara: *Los cielos que perdimos*, *Sevilla en los labios*, *Discurso de la mentira* o *Lejos y en la mano*. Libros exquisitos que como memoriales narraban una ciudad que desaparecía y que ahora se leen con nostalgia y melancolía.

También tenemos a otro gran divagador del alma sevillana: Fernando Villalón. Para rescatarlo tendríamos que colocarnos en la calle San Bartolomé número 1. Allí Fernando Villalón había recreado entre desvanes, aposentos y patios adornados por cabezas de toros una especie de marisma entre literaria y mágica. Villalón fue un poeta verdaderamente audaz que saltó de la lírica popular con ecos de romance de ciego al poema de evocación surrealista. Era inesperado como poeta y como personaje. Puede que la leyenda eclipse aún al escritor, porque su biografía está llena de pasajes insólitos, desde su supuesta crianza de una ganadería de toros con ojos verdes que burlaban los trucos de la lidia hasta su extraño viaje a la isla de Tarfia junto a su primo Manuel Halcón y Rafael Porlán.

Fernando Villalón poetizó la collación de San Bartolomé. Al andar por estas calles tranquilas donde tantas veces soñó el poeta hay una sensación de pasear por un pueblo donde se leen novelones con luz amarilla de quinqués. Pueblos con olor a tahonas y dulces de miel, muros con melenas jazmineras y retablillos de ánimas de luces frágiles. San Bartolomé es sin duda la Arcadia de Fernando Villalón. Aquí casi suenan a lo lejos las leyendas de bandoleros y contrabandistas, de míticos toros de Gerión, de las tres Marías Atlánticas, de nereidas y ensalmos de brujas, de culantrillo de pozo y caldos con perejil.



Otro gran divagador sevillano que perteneció a la revista *Mediodía* fue Rafael Laffón, autor de *Sevilla del buen recuerdo*, uno de nuestros monumentos topoliterarios. Una obra que indaga en el alma de la ciudad, un libro de nostalgias, de lugares olvidados en los que permanece intacta la infancia perdida del poeta. Esta obra sirve como guía emocional de una Sevilla que ya sólo se adivina tras las veladuras de la literatura: calles con luz de gas amarilla y nieblas que se cuelan en comedores tibios por los braseros de cobre donde aún humea la alhucema vieja.

\*\*\*

Ahora habría que detenerse en un momento especial. O quizás habría que decir en todo un siglo: «¡Gran siglo español el siglo liberal de los Machado!», como escribió Gregorio Marañón. Estamos en la Sevilla de los Machado, la familia por la que atraviesa la historia del siglo XIX y parte del XX sevillano. Es una saga comparable con la de los Goncourt, las Brontë o los Mann. Ese memorial de familia española está a la espera de un gran relato, pero mientras llega nos detendremos para descubrir la Sevilla que inspiró a los Machado. Cuánto de Sevilla hay en los Machado y cuánto de los Machado hay en Sevilla.

Antes de pasear por los patios con luz de tarde vieja de Antonio Machado, habría que comenzar por el abuelo Antonio Machado y Núñez -el médico del gabán blanco y miembro de esta Academia-, krausista y catedrático de ciencias naturales de la Universidad de Sevilla donde tuvo una actuación destacada en la Revolución de 1868 como miembro de la Junta Revolucionaria de Sevilla. Por algo escribió su nieto Antonio en el poema autobiográfico: «Hay en mis venas gotas de sangre jacobina».

Y su esposa, doña Cipriana Álvarez Durán, será decisiva en la formación de su hijo Antonio Machado y Álvarez, conocido como Demófilo, y sus nietos Manuel, Antonio y José, quien como ella demostró dotes para la pintura. Doña Cipriana era sobrina de Agustín Durán, el autor del *Romancero general*. Ella recopiló cantes y romances y relató a su hijo y a sus nietos todo

ese tronco poético. En sus ratos libres pintaba hermosos óleos. Aquí mismo, en la Academia, tenemos un cuadro de Isabel II que ella pintó. Su hijo Demófilo heredará esa pasión por las tradiciones populares y los cantes flamencos.

Con Manuel Machado nos llega una Sevilla llena de estampas de nostalgia. Nació en la calle de San Pedro Mártir, también patria de poetas tan dispares como Alejandro Sawa y Rafael de León. Manuel era aficionado al cante y los toros y escribió la ciudad popular que él recordaba en sus *Estampas sevillanas*, que son un hermoso canto de nostalgia como las páginas de *Sevilla y otros poemas*.

La ciudad de Antonio Machado tiene otras dimensiones. Naturalmente el patio del Palacio de Dueñas es uno de los grandes territorios de la historia de la literatura. El patio con su fuente es evocado en su libro *Soledades*, quizás el libro en el que se guarda más hondamente el secreto de su infancia sevillana.

La Sevilla de Antonio Machado es un curioso territorio construido a base de recuerdos y ese infalible material poético que es la nostalgia. Pero no es sólo un paraíso idealizado. Hay dos Sevillas, la de su Arcadia intocable y la ciudad que era proyección de la España de charanga y pandereta, que resume en el *Llanto de las virtudes y coplas a la muerte de don Guido*. O en su verso: «Oh maravilla,/ Sevilla sin sevillanos,/ la gran Sevilla». Porque querrá una ciudad esencial, congelada en el tiempo. Así lo escribió usando la voz de su heterónimo Abel Infanzón en el *Cancionero Apócrifo*: «Dadme una Sevilla vieja/ donde se dormía el tiempo,/ en palacios con jardines,/ bajo un azul de convento».

Esa Sevilla de interiores, de silencios, de fuentes, de tardes claras y serenas contrasta con el otro gran paisaje poético de Antonio: el de *Campos de Castilla*. El Antonio Machado de Soria y de Segovia, pero también de esa Andalucía castellana que es Baeza, es un poeta contemplativo y paseador. Paseará casi todos los días descubriendo colinas oscuras, desnudos peñascales, quiebras de pedregal, recodos de sombra. Un Machado diferente al de las arcadias infantiles, a los mapas sin tiempo de su Sevilla natal con luces de patios tristes.

Hay un silencio blanco que reconocemos en la Sevilla de Antonio Machado. Una Sevilla machadiana que aún se esconde en ciertos lugares de la ciudad. De alguna forma, son estampas muy semejantes a las que han escrito otros divagadores sevillanos. Por ejemplo, las de otro poeta muerto también en el exilio, Luis Cernuda. La misma Sevilla de Antonio Machado es la que inspira las páginas de *Ocnos*, el tratado cernudiano sobre el alma de la ciudad. La mejor guía literaria de Sevilla es este libro que escribió sin citar una sola vez la ciudad en la que se inspiraba. Siguiendo sus páginas se camina por la ciudad literaria que no es más que un mapa de la memoria, un inventario de muros blancos, esquilas viejas y tibias cocinas de repostería monjil.

Luis Cernuda camina aún por su calle, la calle del Aire, la calle donde sueñan los dioses sin tiempo. Cernuda dijo de su Sevilla natal que era un lugar manejado por la fantasmagoría de la luz. Recordemos cualquiera de esos patios cernudianos que aún se pueden vislumbrar ocultos en el caserío sevillano. Leyéndolo es posible descubrir esta Sevilla de largas tardes de verano, de puertas y jardines recién regados que comienzan a oler a jazmín; de manteles de hule en los que ha quedado el dulzor de un bodegón de brevas, damascos y ciruelas. Y los últimos versos del poema *Lo más frágil*: «Un olor de azahar,/ Aire. ¿Hubo algo más?».

\*\*\*

En ese aire sin nada más es en el que reconocemos la materia poética, la obsesión de los que se inspiraron y escribieron sobre la ciudad. ¿Existe Sevilla o sólo es el breve suspiro de un verso? Estas *topoliteraturas* acaso sean un retrato aproximado de eso que llamamos Sevilla. Una imagen huidiza de luces esquivas y soles rotundos. Un aire que se enhebra en las espadañas. Un paisaje sonoro de campanas y un murmullo alegre en las plazas. Un aroma de flores a punto de corromperse, de pozos, sol y piedra. Un soplo de marea al atardecer y de río viejo con olor a aceite.

Como en esas vistas de ciudades que se hacían en el siglo XVI dibujando las más famosas urbes desde distintas panorámicas, podríamos contemplar cierta Sevilla literaria partiendo de esas páginas escritas/leídas. La Sevilla intuida por sus poetas y narradores compone una topografía casi real que permanece en nuestro imaginario, en esa *memorabilia* literaria que hemos intentado reconstruir hoy, acaso con más audacia que acierto.

Cervantes la atrapa en su soneto como una “Roma triunfante en ánimo y nobleza”. Mateo Alemán aporta otra pincelada: “Un aire, un aroma, un no sé qué, otras grandezas...”. Para Francisco de Rioja es un jardín sin tiempo. Fernando de Herrera El Divino intuye el latido del Guadalquivir y lo poetiza. Baltasar del Alcázar con su “poesía de la sal” la transforma en la risa y la gula de una taberna. Blanco White desde su nostalgia de desterrado nos descubre un sonoro silencio “donde los pasos retumbaban en los limpios portales de las casas”. Bécquer intenta dormir el sueño de oro de la inmortalidad a la orilla del Betis bajo una cruz blanca. Juan Ramón Jiménez en su *Diario de un poeta recién casado* nos advierte del prodigio: «En la primavera universal, suele el Paraíso descender hasta Sevilla». Antonio Machado descubre que el secreto de la ciudad es la luz: “Estos días azules y este sol de la infancia”. Igual que Cernuda asegurando que Sevilla es un lugar manejado por la fantasmagoría de la luz.

Luz, aire, cielos perdidos, un río, sombras y contrasombras. ¿Hubo algo más? Una ciudad que en realidad es un libro; un libro que se escribe desde hace siglos, un libro que seguimos escribiendo. Una ciudad en la que se esconde el viejo sueño de la literatura.

He dicho

CONTESTACIÓN  
DEL EXCMO. SR.

**D. IGNACIO CAMACHO  
LÓPEZ DE SAGREDO**



SEVILLA 2023

EXCELENTÍSIMO SEÑOR DIRECTOR,  
EXCELENTÍSIMOS SEÑORES Y SEÑORAS ACADÉMICOS,  
AUTORIDADES, SEÑORAS Y SEÑORES, QUERIDOS AMIGOS:

*U*n alcalde de Montevideo me dijo una vez que las ciudades son libros que se leen con los pies. Hoy hemos tenido, sin embargo, el privilegio de aprender cómo hay ciudades que pueden leerse también a través de los libros, de una geografía literaria que los escritores, los poetas y los cronistas han plasmado en el mapa de sus pasos perdidos. Eva Díaz Pérez se ha quitado el disfraz de periodista para dejarnos ver su verdadera condición de inconsolable letraherida y conducirnos del brazo en un paseo por la metaliteratura de Sevilla. Un itinerario que no figura en las guías turísticas porque está construido con la shakespeariana materia de los sueños, del mito, de la leyenda, como corresponde a un territorio mágico sobre cuyo suelo invisible se abren, como en el Libro de Arena de Borges, las páginas de una historia sin principio ni fin, abierta a una rescritura eterna.

Ese mapa de la topoliteratura sevillana sólo puede levantarlo una mano experta, la de alguien que se ha adentrado en la memoria de la ciudad de otras épocas, que ha novelado los círculos de la heterodoxia erasmista, el humanismo italiano, la revolución de la imprenta y hasta los secretos abandonados en el fondo cenagoso de la laguna de Venecia, otro escenario donde las visiones literarias han modelado una suerte de

estado de conciencia. La mano de una lectora voraz, versátil, compulsiva, apasionada, impetuosa, que es a la vez una extraordinaria reportera, una infatigable investigadora y una exitosa y premiada autora de narraciones históricas. De impostora, se ha definido hoy con modestia, quizá porque sabe que el periodismo es un océano de conocimiento con un centímetro de profundidad o consiste, como decía Karl Kraus, en no tener ideas pero saber expresarlas: en definitiva, una venial impostura de sabiduría. Pero ella es, como nos acaba de demostrar, mucho más que eso: una escritora medular, de casta, concienzuda, estudiosa, creativa; una adicta incapaz de vivir sin su inyección cotidiana de tinta.

Conocí a Eva en la Facultad de Comunicación, allá a principios de los años noventa. Era estudiante provechosa, alumna de notas altas, pero sobre todo llevaba la vocación de escribir impresa en la mirada. Algo tuve que ver en su aterrizaje en Diario 16 como principiante, y sólo puedo agradecer que desde entonces nunca defraudase aquel intuitivo depósito de confianza. No me extenderé en pormenores de su brillante carrera periodística; basta señalar que ha trabajado o publicado en todos los grandes diarios de Sevilla y que su prestigio como especialista cultural corre paralelo a su sólida y reconocida trayectoria como novelista. Ha sido un honor y un placer asistir de cerca a su despliegue de talento, rigor, sensibilidad y disciplina, ser testigo de esa voluntad de estilo y ese toque especial de distinción con que envuelve las rutinas del oficio en un halo de delicadeza exquisita.

Su discurso de ingreso en esta Casa reúne todas las condiciones exigibles en el desempeño académico: amor por las letras, estudio, precisión, calidad de página y el conocimiento que requiere todo trabajo serio. El recorrido que acaba de trazar por las visiones literarias de Sevilla es mucho más que una exhibición erudita: tiene sentido de la estructura, amplitud de campo, exactitud espacial, orden diacrónico, claridad de criterio y mucha, mucha fineza perceptiva. Y recoge de

manera exacta las dos vertientes evocadoras del impacto memorial que la ciudad ha dejado en la literatura a través del testimonio de sus naturales y de las notas de los viajeros, esa mezcla que ha forjado una identidad legendaria a lo largo del tiempo y ha penetrado en los propios sevillanos como un rasgo más de su personalidad comunitaria, de su patrimonio inmaterial, incluso del núcleo de su temperamento. Sevilla como imagen simbólica, como marco de experiencias y de recuerdos, como paisaje espiritual, como tópico del folklore, como decorado existencial, como pinchazo de dolor interno y no pocas veces también, en Blanco White, Cernuda o Montesinos, como añoranza de “los años irreparables” estilizados en la lejanía del destierro.

Existe una teoría de interpretación de la ciudad, con la que este orador simpatiza, que identifica Sevilla como un conjunto de vivencias y evocaciones superpuestas que desembocan en un imaginario de ensoñación y de leyenda. La verdadera Sevilla sería una suerte de espejismo interior, un anhelo melancólico fruto de la idealización sentimental y poética, una procesión de emociones instaladas en lo más profundo de nuestra conciencia en contraste con la realidad prosaica, atribulada y problemática, de la ciudad moderna. El alma sevillana estaría así en la literatura y en el arte, en la intrahistoria personal de escritores, músicos o pintores que fueron capaces de fijar en el tiempo una figuración, una potente iconografía mitológica que es más bien la representación semiabstracta de un concepto. Los cielos perdidos de Romero Murube, el edén de la infancia cernudiana, el farol de la Cruz de guía del padre de Antonio Burgos, la luz del patio de Dueñas donde madura el limonero. Estampas y momentos inmortales grabados en la memoria colectiva con los contornos borrosos de una foto antigua, de un daguerrotipo viejo. Sevilla como trasunto imposible de sí misma, Sevilla como ilusión, como utopía, como sueño, como volátil colección de instantes y de sombras entrevistas en los ángulos muertos de una esquina, en el eco de una campana, en un resol otoñal, en el aleteo vespertino de un

vencejo. En la esperanza del descubrimiento cotidiano de un misterio de belleza oculto en cualquier rincón secreto.

Permitidme, queridos compañeros y amigos, la licencia de una digresión personal que creo viene al caso. En septiembre de 1984, Borges visitó Sevilla como conferenciante en un curso de la Universidad Menéndez y Pelayo. En el coloquio posterior a la charla, un asistente le preguntó por Antonio Machado y el viejo genio, ya semiinvidente y casi inválido, no resistió la tentación provocadora del sarcasmo. “Ah –contestó-- ¿pero Manuel tenía un hermano?”. Esa tarde tenía cita con el duque de Alba en Dueñas, y al llegar al palacio entornó sus párpados homéricos de poeta ciego y apenas pronunció cuatro palabras: “¿Existe todavía el limonero?”. Lo llevaron al jardín mientras musitaba en voz baja, moviendo apenas los labios, los primeros versos del *Autorretrato*. La imagen literaria de Sevilla se le había transustanciado en la sinécdoque potentísima, nítida, del huerto claro donde aún reside el ADN del código moral machadiano.

Esa idea de la ciudad inmanente pero lejana, deseada pero en el fondo ausente, está en el discurso de Eva Díaz a través de un pormenorizado y heterogéneo catálogo de vestigios literarios. Pero, periodista al fin y al cabo, la autora ha levantado también el acta precisa de lugares, rincones, calles, casas o monumentos que dan forma y razón a su inventario. Periodismo de datos, sistemático, cabal, cierto, escrupuloso, exacto. Cancelas, zaguanes, salones, tabernas, jardines, azoteas, árboles. El coche de Salinas, las riberas de Bécquer, el plano de Olavide, los conventos de Herrera, las capas de Lista, Arjona o Mármol, la cárcel de Cervantes. El libro de todos o casi todos los libros de Sevilla lo recorre Eva con su mirada de lectora pero también con los pies ajenos de sus autores, los verdaderos topógrafos de este paseo fascinante de *“flâneuse”* atenta a los detalles, un viaje abierto cuyo final permanece aún en el aire porque tal vez ahora mismo haya en alguna parte escritores afectados del síndrome de Sthendal redactando nuevos capítulos de esa historia inacabable.

De alguna manera, nuestra mirada actual sobre la ciudad es heredera de esa tradición escrita. Está condicionada, permeabilizada, dirigida por el proceso de ósmosis que ha ido fundiendo muchas percepciones distintas en un canon emocional fijado en la sensibilidad común con la fuerza de un paradigma. A menudo echamos de menos que la Sevilla real no se parezca a esa especie de utopía construida sobre una idea de perfección consustancial, genuina, que reclama una continua profesión de fe, un juramento perpetuo de fidelidad a sí misma. Es el poder evocador de la palabra el que ha acuñado los rasgos de esta esencia identitaria; la palabra con que los maestros dejaron reflejada una secuencia de visiones emotivas, de pinceladas capaces de captar la sustancia, la entraña misma de la vida urbana. Ese legado literario es el que a menudo nos deja clavadas las agujas de la nostalgia por la ciudad ensoñada que no dejamos de buscar bajo la piel contemporánea como si fuese el pecio lleno de joyas de un buque fantasma hundido en la profundidad oceánica.

Se ha dicho aquí que Sevilla, o una parte de ella, es un mito, una ensoñación asumida en el subconsciente colectivo. Su condición de territorio literario y artístico le ha otorgado rango de universalidad, un marchamo de sugestión mágica, de magnetismo romántico. Muchos de los grandes divulgadores de ese artificio de seducción, Mozart, Beaumarchais, Rossini, Merimée, Beethoven, Bizet, jamás la pisaron; se guiaron por el halo que hoy llamaríamos reputacional de su estatus legendario. Y crearon un arquetipo humano y paisajístico capaz de influir en la mentalidad de los propios sevillanos, siempre dispuestos, como señaló Ortega, a parecerse a su retrato. Pero hay otro relato, que es el que acabamos de escuchar en boca de Eva Díaz Pérez, elaborado desde dentro, desde la sensibilidad cercana de los hijos de la ciudad, desde una perspectiva a ras de suelo y con la suficiente lucidez, a veces afligida, para glosar sus virtudes y dolerse de sus defectos. Un pensamiento crítico que va más allá de la queja o del lamento para internarse en la exploración de la

idiosincrasia local con sus matices más complejos. Está en el brusco alegato de Cernuda contra la ingratitud de sus paisanos, en la fineza analítica de Murube o Chaves Nogales, en el irónico desiderátum machadiano de una Sevilla vacía de figurantes donde el paisaje fuese el único elemento salvable. Y también en el refinamiento de un Sierra o un Laffon, encerrados en la cápsula intimista de su capacidad evocadora para escapar de la asfixiante autocomplacencia de panderetas y azahares.

Quizá la conclusión a convenir, para ir acabando, sea la de que hay muchas Sevillas, tantas como cada uno de nosotros conserva fijada en su particular experiencia cultural, social o sensitiva. La caudalosa literatura sobre la ciudad vendría a ser así el espejo sobre el que se reflejan, embellecidos, los sentimientos de sus habitantes, a su vez modelados por la influencia de los libros en un efecto de retroalimentación que ha ido creando moldes estéticos, arquetipos sociológicos y patrones sentimentales que en ocasiones chocan contra el terco prosaísmo de la realidad provocando un contraste decepcionante. Esa melancolía ha terminado por alumbrar algo parecido a un género literario que podríamos llamar el de la sevillanía del desencanto, opuesta al narcisismo conformista o al espíritu engolado de los pregoneros costumbristas y demás cantores del orgullo provinciano.

La nueva académica nos ha hecho el favor de prescindir en su discurso de esta última corriente centrada en lo que Cernuda llamó el ombligo del mundo, aunque acaso algún día haya que considerarla, como Vargas Llosa o Mainer hicieron con las llamadas subliteraturas, objeto normalizado de estudio. Lo que nos deja su excelente trabajo, que los interesados podrán leer ampliado con muchos más ejemplos y autores en la versión impresa, es el auténtico mapa sevillano de las Buenas Letras, las que han consagrado y hasta patentado la imagen de marca de la urbe como una divisa, un emblema, un escenario universal dotado del aura de sugestión libresca de Praga, Viena, Singapur, Nápoles o Florencia. Una imprescindible carto-

grafía literaria que tu antiguo profesor, querida Eva, calificaría con matrícula de honor, aunque el verdadero honor haya sido el de asistir a tu ingreso como compañera en esta institución centenaria y darte en nombre de todos sus miembros la más entusiasta bienvenida a esta Casa.

He dicho.

## Índice

DISCURSO DE LA EXCMA. SRA. DÑA. EVA DÍAZ PÉREZ.....	3
CONTESTACIÓN DEL ACADÉMICO PREEMINENTE EXCMO. SR. D. IGNACIO CAMACHO LÓPEZ DE SAGREDO .....	37



